

AGUATA JEÝTA ARUPI (VOLVERÉ A CAMINAR POR AQUÍ)

Mónica Olaso

Para todos aquellos que todavía se sientan
alrededor de los fogones para escuchar
cuentos de los antiguos.

-Escuche niña! A usted que le gusta andar con esas cosas de papeles, le voy a contar y usted lo escribe. Usted sí, porque usted sabe escuchar y le gustan los cuentos de "viejo" y de los viejos. Y yo me acosté vieja en esta cama pero yo puedo virar el tiempo y mañana me levantaré joven.

-Escuche niña! Yo viví por acá, en esta tierra en la que ahora estamos y aprendí a hablar su lengua y también la de los portugas. Cuando yo estaba en esta tierra los godos y los portugas se estaban siempre batiendo por esta tierra que era donde nosotros vivíamos. Nosotros, mi familia y mi pueblo. De mi padre me acuerdo bien, de mi madre no tanto porque murió cuando yo era niña pequeña y mi hermano menor era un bebito. Mis abuelas nos cuidaban y también estaban los hermanos y las hermanas de mi padre y de mi madre, que eran también mis madres y muchos hermanos teníamos entonces...

Pero después... no sé que pasó. Un día llegaron muchos hombres extraños a nuestro pueblo. Tenían pelos en toda la cara y se vestían raro. Nosotros los niños queríamos reírnos de esa gente tan fea, pero los grandes estaban todos serios y callados. Sabíamos que esa gente rara vivía por ahí y en la rueda del fuego se contaban historias de ellos, pero ninguno de nosotros, los niños, habíamos visto a alguno.

No sé que hablaron con nuestros mayores, pero después se acercaron a los niños y cada hombre raro cargó un niño en su caballo y partimos. No sé por qué nunca supe por qué...

A mi hermano chico y a mi nos llevaron a una casa grande que quedaba cerca de esa laguna de aguas negras que queda a un día de distancia caminando del mar, aquella agua tan grande que no se ve del otro lado. Nunca había visto un agua tan grande!

El hombre que me llevó allí era un portuga cuya señora era goda y me entregó a ella. Yo quedé a vivir allí, con mi hermano y con la dueña de esa casa grande, toda de piedra. La señora goda era buena y me trataba bien. ¡Sólo que no entendía nada esa señora!

Yo no quería estar allí, sino volver con mi familia. Entonces, cuando tenía alguna oportunidad yo huía para ir a buscar a mi gente, pero no sabía donde estaban ellos, ni como encontrarlos. Así que sólo huía, y siempre me agarraron de nuevo. Y entonces sí, el portuga me pegaba en toda la espalda y la señora después me curaba y me trataba bien. La dueña de la casa de piedra siempre me trató bien, ¡pero no entendía nada!

Sólo una vez entendió, cuando quisieron cambiarme el peinado y me sacaron la cinta de cuero de guazú virá que rodeaba mi cabeza y se anudaba sobre la oreja del lado derecho. Cuando la señora vio que se me caían las lágrimas que no logré contener dijo que me dejaran esa cinta y mi peinado. Así que yo usaba la ropa que ellos querían, pero me dejaron la cinta de cuero donde mi padre había dibujado el nombre que mis abuelas habían soñado cuando se hizo la ceremonia de buscarme el nombre mío. Yo no llevaba pluma, sólo mi vincha de cuero de guazú virá, trabajada por mi padre hasta que quedara blanda y suave, con los signos de mi nombre. Siempre la llevé puesta, hasta que mi cuerpo murió la llevé. Pero ahora no la tengo...

-¿Que usted quiere hacer una? pero ahora niña, ya casi no quedan guazú virá en los campos. ¿Usted sabe que el guazúvirá se puede reír como la gente? El guazú virá mira y ve donde van los niños y juegan a las escondidas con ellos. A mi me gustaba mucho jugar a escondernos entre los matorrales y hacer pequeños ruiditos, o reírme bajito para que el guazú virá me encontrara y luego él se escondía y se reía para que yo lo encontrara a él a su vez. Pero allá, cerca de la casa grande no iban los guazú virá a jugar, nunca más pude jugar con ninguno. Y eso que había algunos niños en la casa grande. Había niños de piel medio clara, así como usted, y otros marrones más oscuros y pelo enrulado que eran los hijos de las mujeres marrones que vivían allí.

A los niños sí, yo les contaba cuentos y les cantaba para bailar y jugar cuando no me veían los grandes. Porque yo aprendí como hablaban y entendía todo, y no hablaba delante de los grandes porque no quería, no más. Nunca les hablé a los grandes y ellos decían que yo era misteriosa porque entendía todo lo que me decían y aprendía rápido lo que me enseñaba la señora, pero no hablaba nada.

Sólo los niños, y también con las mujeres marrones que estaban en la cocina grande, porque ellas tampoco estaban allí porque quisieran estar. Yo no sé de donde, nunca había visto gente tan oscura, pero eran como yo, no querían estar allí, estaban obligadas, a la fuerza, y no podían irse. Igual que yo.

-Y que fue de mi hermano, dice usted? Mi hermano era más chico que yo cuando nos sacaron de la casa de mi padre, así más o menos como su hijo más pequeño, y un tiempo estuvo conmigo en la casa de la señora goda y el hombre portuga. La señora le puso ropa linda y lo cuidaba bien. Yo no traté de escapar mientras mi hermano estuvo conmigo porque era muy chico para caminar tanto y no llegaba a subir al caballo. Pero cuando ya era como su hijo más grande, el que tiene el pelo color miel, cuando era de ese tamaño, llegaron a la casa grande unos hombres vestidos con unos sacos largos, negros, hasta los pies les llegaban esas ropas. No se vestían como el portuga y los otros hombres de la hacienda. Y tenían pelado el medio de la cabeza. Eran gente importante, parece, porque la señora tenía a todo el mundo corriendo para atenderlos muy bien.

Me parece que les decían jesuita o algo así. Era dos y venían en un carro y los guiaban, porque parecía que ellos no sabían bien donde andaban. Se quedaron algunos días en la casa grande descansando del viaje, decían y después tenían que seguir. Hicieron varias ceremonias, decían, y mojaron la cabeza de varios niños, entre ellos a mi hermano y a mi. Y hablaban raro entre ellos. Parece que hacía días que estaban viajando y todavía iban a seguir más días. Mientras estuvieron en la casa de la señora, mi hermano era el encargado de realizar pequeños servicios para ellos, como lustrar sus botas, cepillar sus sacos largos negros y cosas así.

Cuando se fueron se llevaron a mi hermano con ellos en el carro con asientos. La señora me dijo después que esos hombres decían que le iban a enseñar muchas cosas importantes a mi hermano, que era un niño muy inteligente y despierto (como si yo no lo supiera) y que lo iban a cuidar y le iban a enseñar a escribir, así como está haciendo usted, y le iban a enseñar esa lengua tan rara que hablaban ellos e iba a trabajar con ellos en esas ceremonias como las que habían hecho en la casa y le iban a enseñar a rezar como ellos y no sé que más. Muchas cosas dijo la señora que dijeron los hombres... La única que no dijo nada fui yo, porque no quería hablar y además para qué, si a mi hermano ya se lo habían llevado. Mi hermano en el carro tenía cara de no saber que hacer, si reír o llorar, y el carro partió antes de que hiciera alguna de las dos. Los hombres esos lo habían encandilado con sus palabras y sus cosas y se lo llevaron. Entonces fue que yo empecé a escaparme. Pero siempre me agarraron y me trajeron de nuevo.

Algunos años después volvió a pasar mi hermano por la casa grande. Era un hombre partido, no era uno de esos con los que se había ido y ya no era uno de nosotros tampoco. Sus ojos ya no eran vivos e inteligentes, ya no sabía hablar nuestra lengua, así que tampoco le hablé. Al despedirse me dijo que ya no podía volver atrás, que ya no tenía fuerzas para hacerlo. Yo sabía que lo que se había roto dentro suyo ya no había manera de recomponerlo. Fue la última vez que lo vi...

-Que si yo tuve hijos, quiere saber? No niña, nunca tuve hijos, aunque si tuve marido! Muchos hombres claros como el portuga quisieron casarse conmigo,

pero yo no quise. No quería casarme con uno de esos hombres y no acepté a ninguno. Así como yo, de mi pueblo, no había ninguno en la casa grande. Así que me junté con un hombre marrón que se llamaba Nemesio y que trabajaba allí plantando en el campo. Pero la señora no sabía. Nadie sabía. Porque sino no me iban a dejar y me iban a pegar. Nemesio era el prieto más bonito y más fuerte de la hacienda y yo fui su mujer. ¡Escondidos claro! Pero una noche Nemesio pudo huir y se fue. El portuga estaba furioso y lo mandó buscar por todos lados. Pero por suerte no lo encontraron y no lo pudieron traer y castigar como gritaba el portuga. Nemesio me contaba que sabía que había una gente de los suyos escapados de otras casas así como la que vivíamos, pero era muy lejos y no estaba bien seguro por donde era que estaban, pero que lo iba a averiguar. Y si tenía una oportunidad se iba a escapar y si podía, me iba a llevar. Él me contaba que en unos montes, allá lejos hacia el monte, le habían contado que había una aldea donde vivían gente de los suyos y gente como yo, aunque no sabía si era de mi misma gente, o de otro pueblo de esta tierra, y allí no había ningún blanco, ni portuga ni godo, y que cazaban y trabajaban la tierra para comer entre todos y no había ningún dueño, ni señor, ni amo, ni capataz, ni capanga. Sólo era jefe el que ellos elegían para mandar en la lucha cuando los portugas venían a atacarlos para hacerlos prisioneros de nuevo. Un viejo que habían agarrado de nuevo en el último ataque le había contado. Pero el viejo creía que los que se habían salvado de ese ataque se habían ido más al norte, hacia las sierras donde los portugas cazadores de "hombres de la tierra", como nos decían a nosotros, y de "negros alzados", como les decían a ellos, no entraban. Sí, Nemesio debe haber llegado a esa aldea que él decía: Mocambo decía Nemesio. Y cuando pudo escapar de la casa grande, escapó. Y nunca lo atrapan de nuevo.

-Que mi vida fue triste, dice usted. No mi niña, tuve tristezas y tuve alegría. Claro que lo más lindo era cuando estaba con mi familia en mi pueblo. Allí nos bañábamos en el arroyito en una parte donde el borde hacia arena. Algunas madres nos cuidaban y nos refregaban cuando íbamos a salir del agua y cuando hacia frío no nos dejaban quedarnos jugando en el agua y teníamos que ir corriendo a meternos en la casa cerca del fuego. Los grandes se bañaban en otro lugar, más allá, que tenía árboles, las mujeres de mañana y los hombres antes de caer la noche, cuando ya no iban a trabajar más, y se iban a sentar alrededor del fuego donde se estaba haciendo la comida para conversar y fumar una pipa de las nuestras. Y nosotros los niños escuchábamos las conversaciones, o jugábamos nuestras rondas, íbamos de un fuego al otro y en todos recibíamos algo, un choclo asado acá, un huevo caliente allá, una fruta del monte más allá, y así hasta que no llamaran a comer.

Y para andar a caballo me enseñó mi padre como había que hablarles para que se dejaran montar y explicarles lo que íbamos a hacer y donde queríamos ir para que ellos nos ayudaran también. Cuando yo me escapaba allá, de la casa grande, yo les decía que quería ir para mi casa, pero que no sabía donde estaba mi gente, así que sólo podían ayudarme a escapar, pero no a encontrar

a mi familia. Por eso me agarraban siempre de nuevo. Había que hablarle a cada uno de los caballos porque no sabíamos quien era el Señor de los Caballos. En cambio para comer un guazú virá o un cerdo de los montes se le explicaba al Señor de los Guazú virá o al Señor de los Cerdos que la gente andaba necesitando uno de ellos para comer y que por favor, él eligiera uno hermoso para ponerlo en el camino de los cazadores y que todos íbamos a crecer rápidos y hermosos como el guazú virá, o fuertes como el cerdo de los montes, y las mujeres tendrían muchos hijos y sus padres los cuidarían como hace el ñandú y sabríamos disimularnos en los matorrales como hace la perdiz ante el peligro, y nuestra piel iba a ser gruesa y fuerte como la del tatú y si el Señor de las Abejas nos daba miel los niños íbamos a reír felices y las viejas iban a contarnos largos cuentos mientras comíamos tortas de maíz con su miel. ¡Que ricas cosas teníamos para comer! Y cuando los hombres llegaban cansados tendrían maní con miel para reponer sus fuerzas.

A veces el Señor de los Guazú virá escondía a sus hijos y nos regalaba una vaca que los viejos decían que antes no había y no gustaban mucho de su carne porque era más dura y las mujeres rezongaban porque era más difícil cocinarla. Además donde andaban las vacas andaban también los yaguareté malignos, porque a ellos sí les gustaba su carne.

Las vacas tampoco tenían Dueño, pero es que tampoco nadie las pedía! Después en la casa de la señora goda, ahí se comía siempre vaca y yo aprendí a cocinar las cosas que la señora y las otras mujeres me enseñaban. Pero yo no tenía obligación de cocinar como las mujeres marrones.

Muchas de las cosas que nosotros plantábamos, de esas sí comían los dueños de la casa de piedra. Pero no plantaban como nosotros. Entre nosotros, mi padre y los otros hombres arreglaban un campo y luego iban los viejos a fumar sus pipas para extender la neblina vivificante que nos dejó uno de nuestros Padres anteriores, el que enseñó a los antiguos a plantar. Usted sabe su nombre, pero no lo escriba, déjelo allí guardado en su corazón. La gente que quiera encontrar su nombre sabrá encontrarlo como supo usted. Usted vio como fumaban sobre el campo los que todavía resiste sobre esta tierra imperfecta, los que cuidan de nuestras costumbres y rezan para que no se acabe la tierra todavía. Porque esta tierra está vieja y está cansada y muchos hombres la maltratan, pero los que todavía se sientan alrededor de los fogones canta y hacen música, danzan y rezan a Nuestro Gran Padre y piden que todavía no mande el agua y el fuego que destruirá esta tierra y no suelte el yauareté azul que tiene atado bajo su hamaca, allá en su morada, en la Tierra Verdadera.

Usted también se sentó alrededor de los fogones, por eso sabe de lo que le estoy hablando. Y escuchó en silencio las historias de los antiguos, y aunque no entendió todo, guardó esas historias en su corazón. Por eso yo le estoy hablando y contando cosas, porque aunque ahora tampoco entienda todo, su corazón entiende más que su cabeza, y eso es bueno para empezar a aprender. Muchas cosas hace la gente con la cabeza que no la harían con el corazón. Esa gente vivie partida en pedazos como vivió mi hermano más chico y no pue-

den ser felices porque no viven entero. Usted está buscando como vivir entera y lo va a encontrar. Esa es la lección que vino a aprender en esta vida. Cuando junte sus partes y su historia y viva entera, acá en esta tierra y en este tiempo me va a entender.

Por eso le digo que mi vida no fue triste, porque me mantuve entera. Sino, no habría sido hija de quien soy y no habría llevado siempre mi nombre dibujado en mi vincha de cuero en la cabeza.

Le voy a decir mi nombre, mi nombre verdadero, el que me descendió en el humo cuando mis abuelas preguntaron. Pero no lo escriba tampoco. Eso es para que usted lo sepa y lo guarde en el corazón y me llame cuando en las encrucijadas de la vida no tenga claro cual es el camino para vivir entera.

-Bueno yo le estaba contando que Nemesio tenía que plantar la tierra allá cerca de la casa grande y yo le decía que no era así que se plantaba para que las plantas crecieran fuertes y grandes y dieran muchos frutos para que de ellos comiéramos todos, como hos había enseñado Nuestro Gran Padre. Y Nemesio estaba de acuerdo, pero decía que el portuga no entendía nada de eso, no sabía tratar con la tierra ni con las plantas y no le importaba tampoco que comiéramo frutos sanos y abundantes, sino que esos blancos comían cualquier cosa, como gente siempre con hambre o siempre con miedo de tener hambre, por eso plantaban cualquier semilla, la buena y la mala. Y ponían todo un campo con una sola semilla y otro campo con otra y así, en lugar de poner el maíz con los porotos y las calabazas unos con otros para que se ayudaran a crecer. Pero es que los blancos no sabían nada, peor que niños chicos, porque tampoco querían aprender. Y creían que con su fuerza iban a convencer a la tierra de darles buena comida. Pero el que no sabe es como el que no ve, y ellos no querían ver. Así que Nemesio y los otros hombres tenían que plantar como el portuga quería, aunque supiéramos que no era así que se hacían, y que del otro modo era mejor.

Igual pasaba para amansar los caballos. Los hombres luchaban con los caballos en lugar de hacerlos su amigo y perderles ayuda. Algunos habían aprendido con nuestra gente a hablarles, pero la mayoría luchaban con el caballo hasta ver quein tenía más fuerza, y cuando vencían al caballo lo hacían obedecer, pero no lo podían hacer ayudar. Entonces siempre los tenían que tener atados o encerrados. Una vez yo me escapé con un caballo que agarré en el campo y cuando el portuga y sus hombres me encontraron y me trajeron de nuevo, me enteré que ese caballo que yo había montado no había sido domado todavía, según ellos. Así el portuga supo que yo sabía domar caballos como él había oído decir que lo hacíamos nosotros, los de mi pueblo. Él quería que yo siguiera haciendo eso de amansar los caballos de su hacienda y eso a mi me gustaba y pensaba que iba a tener más oportunidad de escaparme, pero la señora dijo que eso era trabajo de hombres y no de una joven mujer como era yo, y se opuso a que su marido me empleara en eso.

-Bueno niña, ya hablé mucho por hoy, así que le voy a decir sólo una cosa más para usted, para ayudarla a encontrarse entera: busque su historia, conoz-

ca sus orígenes, porque en los orígenes se hunden las raíces que alimentan su vida. Pregunte a su madre y a las otras mujeres viejas que quedan en su familia. Pregunte por sus abuelas e insista, porque hay abuelas que no se nombran. Y esas son las que le soplan cosas que usted no entiende pero que siente con el corazón y no sabe explicarlas. De la intensidad de su búsqueda dependerá que encuentre. Busque sus orígenes para amar su historia.

Y ahora me despido, mi materia debe descansar. "AGUATA JEYTA ARUPI"

portuga: modo de nombrar a los invasores portugueses durante el coloniaje.

godo/a: modo de nombrar a los invasores españoles durante el coloniaje.

guazú virá: pequeño venado de América del Sur, de un metro de altura, aproximadamente.

niños, mujeres y hombres marrones: los africanos esclavizados.

mocambo: uno de los nombres que se le daban a los pueblos formados por los negros escapados de los esclavistas junto con los indígenas que se retiraban a las selvas más intrincadas para evitar el contacto con los invasores y resistir desde allí. Otros nombres usados son: palenques y quilombos. El más famoso fue el Quilombro dos Palmares que luchó y resistió durante cien años en el norte de Brasil.

choclo: elote.

porotos: frijoles.

ñandú: ave corredora de América del Sur, el macho es el que empolla los huevos y cuida de los pichones, llamados charabones.

tatú: especie de armadillo de estas tierras.

yagureté: jaguar, lo antisocial y antihombre. El cazador que comiera su presa sin compartirla corría el riesgo de convertirse en yagureté o sea perder su humanidad.